

Obituario

Alfonso Quiroz Norris: sus estudios de las finanzas en nuestra historia económica

El año 2013 inició con la amarguísima noticia de la muerte de uno de los más importantes historiadores peruanos de este siglo XXI que aún estira sus primeros pasos: Alfonso Quiroz Norris, quien venía luchando contra un agresivo tipo de cáncer desde hacía tres años. Al morir tenía 56 años de edad. Era profesor en el Baruch College de la ciudad de Nueva York, donde había desarrollado una exitosa carrera docente desde la década de 1980, y, casado con una peruana, acostumbraba venir a Lima a consultar archivos, visitar amigos y dictar conferencias.

Me ha tomado varios meses adaptarme a la idea de que este querido colega y amigo no estará más entre nosotros; que ya no disfrutaremos de su peculiar sentido del humor, ni de su poderosa inteligencia acompañándonos como un contacto físico. Porque su mirada de la historia peruana era tanto cáustica como aguda y, a pesar de sus juicios de ordinario sombríos sobre nuestro pasado, emergía de sus trabajos siempre una figura rescatable o una orientación explícita de lo que debía hacerse, que transformaba la desesperanza inicial en quienes lo leíamos y escuchábamos en un sentimiento de seguridad y apuesta por las posibilidades del país.

A lo largo de poco más de treinta años de trabajo académico, se mantuvo constante en los temas de investigación centrados en torno a las finanzas peruanas entre la época de los Borbones y los mediados del siglo XX. Su vida en los Estados Unidos lo llevó, sin embargo, a interesarse también en otros temas, como la historia de Cuba, para una época similar. Había vivido un tiempo con su padre en Puerto Rico y, quizás desde entonces, nació en él un interés por la historia de esas colonias del Caribe, que siguieron siendo españolas hasta terminar el siglo XIX y enfrentaron después un proceso independiente, complicado por la imponente vecindad de los Estados Unidos. De su interés en

Cuba quedaron varios trabajos publicados, memorables exposiciones y borradores, que mi poca competencia en el tema me obliga a dejar de lado en estas páginas. Quisiera manifestarme en cambio sobre su obra peruana.

Respecto de ella la contribución más clara y sólida son sus libros sobre las finanzas del país en el lapso histórico apuntado antes. Se trata de tres libros que cubren distintas épocas, coronados por un volumen más, que funciona a manera de compendio y reflexión sobre el legado de las finanzas para el desarrollo de un país latinoamericano. Tales libros son: *Deudas olvidadas: instrumentos de crédito en la economía colonial peruana, 1750-1820*¹; *La deuda defraudada: consolidación de 1850 y dominio económico en el Perú*²; y *Banqueros en conflicto: estructura financiera y economía peruana, 1884-1930*³.

El mismo Alfonso se refería a estos libros como su «trilogía sobre la deuda peruana», ya que los tres parten de los debates suscitados alrededor del pago de una importante deuda pública: la del Estado colonial con los particulares (y también la de estos con aquel), en el caso del primero; la deuda interna arrastrada de 1826 a 1850 en el caso del segundo, a raíz de la pobreza fiscal durante la primera época de nuestra vida independiente; y la deuda pública tras la guerra con Chile, que montaba tanto como cincuenta presupuestos de la República. En inglés y en los Estados Unidos, publicó en 1993 el libro *Domestic and Foreign Finance in Modern Perú, 1850-1950*⁴, que compendió reflexivamente los textos anteriores.

Los historiadores y las finanzas no han sido una pareja habitual en nuestro país, donde los hijos de Clío han tendido a distraerse con temas –por lo menos de apariencia– más cálidos, como las rebeliones indígenas, la historia de la Independencia, de la Guerra con Chile o, más recientemente, la historia de las ideas políticas o las de algunos de sus líderes. El estudio de las finanzas exige familiaridad con los números y las combinaciones mercantiles y cierta empatía con la racionalidad económica, cuestiones que no suelen distinguir a quienes se han inclinado a seguir la carrera de historiadores. Desde su juventud, en cambio, Alfonso gustó de la apariencia de exactitud y objetividad que transmite la ciencia económica. Cuando los demás candidatos a historiadores salíamos sudando y abjurando del curso básico de matemáticas a que se nos obligaba en la universidad, Alfonso llevó varios cursos adicionales de matemáticas y economía de forma electiva, porque, según decía, le entrenaban la mente; y se notaba que los disfrutaba casi como un pasatiempo. Sin ser muy

1. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú, 1993.

2. Lima: Instituto Nacional de Cultura, 1987.

3. Lima: Centro de Investigaciones de la Universidad del Pacífico, 1989.

4. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press.

consciente de ello, creo que se preparaba para la misión de transmitir a los lectores de las letras la idea de que las finanzas son sustanciales para el desarrollo económico y, así, para la evolución de cualquier comunidad humana.

Las finanzas estudian el uso del dinero en una sociedad. Este puede existir en apenas una pequeña cantidad, pero las combinaciones que con él se hagan pueden lograr agigantarlo más que en otra sociedad, donde abunde pero se halle menos activo. Con el dinero se compran propiedades y bienes, se adquieren insumos para fabricar otros bienes o trasladarlos de un lugar a otro para revenderlos; con el dinero también se levantan obras para que sirvan de vivienda o, en el caso de las de infraestructura, para que las personas y los bienes puedan circular con más comodidad y rapidez y para que las personas puedan fabricar más fácilmente los bienes. Cuando el dinero puede fluir fácilmente y con cierta seguridad de las manos inactivas o acostumbradas a la cautela a las manos inquietas y prestas a la innovación y el riesgo, el crecimiento económico es más factible y probable. Que así sea depende de muchos factores políticos, sociales y culturales. Por ejemplo, la forma como el Estado consigue sus ingresos, paga sus deudas y contrata las grandes obras públicas es un poderoso determinante de la eficacia de las finanzas; la lección de la historia es que el Estado es, al final, el principal responsable de las buenas o las malas finanzas en una nación. Pero asimismo juegan un papel activo las entidades internacionales que invierten dinero y compran bienes dentro del país, así como las relaciones practicadas dentro de las familias y entre los sectores sociales.

No hay tema más propio, pues, para el historiador que el estudio de las finanzas. De ninguna manera es un tópico que a uno lo «saque» de la historia para llevarlo a otros predios, como los de la economía o la administración gubernamental. Esto es lo que se propuso Alfonso Quiroz, y lo logró de forma notable. En su libro sobre las finanzas coloniales, *Deudas olvidadas*, describió las prácticas complicadas que hubo en el Perú del tiempo de Túpac Amaru para sortear la vigencia de unas leyes que, en su defensa de las corporaciones, obstaculizaban la circulación de los fondos. Sin embargo, el propio Estado colonial bajo la política borbónica había iniciado una modernización del esquema corporativo, que debía ir liberalizando la economía y volviéndola más propicia al crecimiento. Este proyecto quedó trunco con la derrota realista en los campos de Junín y Ayacucho.

Lo que vino, según Alfonso, fue peor, ya que, en vez de que el proceso reformista liberalizador iniciado por los Borbones cobrase más impulso después del remezón que inevitablemente implicó la Independencia, se desmanteló lo avanzado y se perdieron los capitales que la elite financiera nativa había prestado al Estado virreinal o que le debía a este. El argumento, con sentido común para los políticos del momento pero de consecuencias nefastas para el progreso de la nueva nación, fue que no debía pagarse la deuda contraída por un Estado

derrotado y oprobioso como el de los virreyes. Se procedió a un borrón y cuenta nueva que significó una pésima señal para la flamante República⁵.

Cuando, tiempo después, el dinero del guano comenzó a llover del cielo y echó sobre los peruanos un manto de consuelo para sus desventuras, el Estado, ahora independiente, pero presionado por los empleados y propietarios impagos desde hacía varios años, convino en compartir con ellos el festín del guano a través del mecanismo del pago de la deuda interna. Este fue el sentido de la ley de consolidación de 1850, a la que Alfonso dedicó el libro *La deuda defraudada*, que en verdad fue el primero que publicó, como resultado de una tesis de bachillerato bajo la dirección de Heraclio Bonilla. El título de este libro expresaba el resultado final del proyecto de 1850: si hubo la esperanza de que los beneficiados con el pago de sus acreencias procediesen a inversiones convenientes para el bien común y brindadoras de empleo para los –ahora liberados de la esclavitud y del tributo– negros e indios, esta fue fallida o defraudada. No necesariamente por culpa de los propios beneficiarios. De acuerdo a Alfonso, ellos no fueron patriotas pero sí económicamente racionales: pensaron que invertir en industrias tenía mal pronóstico, por la falta de mano de obra calificada, de infraestructura para las comunicaciones y de mercado para los bienes industriales. Si uno observa cómo les fue a los quijotescos personajes, como los catalanes Nadal y Garmendia, que levantaron industrias en el Perú de la era del guano, convendrá en que los consolidados que apostaron por sacar su dinero al exterior o se dedicaron al negocio de los préstamos antes que a las inversiones reales, fueron los más perspicaces.

El guano dio señales de agotamiento hacia 1870. Se pensó entonces reemplazar sus entradas para el fisco con el estanco del salitre, pero el desordenado crecimiento del aparato del Estado ocurrido en los últimos veinte años y las ruinosas inversiones realizadas con los gigantescos préstamos contratados en Londres y París provocaron una crisis financiera de enormes proporciones a partir de 1875. La derrota en la guerra del salitre terminó por sepultar cualquier esperanza de solución dentro del viejo marco. Sobrevino una larga noche, que exigió para la nueva aurora reformas y actitudes novedosas y enérgicas entre los peruanos.

Tal fue el tema de *Banqueros en conflicto*, el libro que, cronológicamente, cerró la trilogía de Alfonso sobre las finanzas peruanas. El mensaje de este libro fue, a diferencia de los

5. Sobre las consecuencias económicas de la Independencia, véase también su artículo «Consecuencias económicas y financieras de la Independencia del Perú», en el libro editado por Leandro Prados de la Escosura y Samuel Amaral, *La Independencia americana: consecuencias económicas* (Madrid: Alianza Editorial, 1993).

otros dos, bastante positivo: hubo una elite económica peruana que consiguió, sobre la base de su imaginación, su perseverancia y su talento empresarial, la recuperación del sector exportador de nuestra economía hacia 1900. Después de la Paz de Ancón, el Perú no olía bien para los inversionistas internacionales; si llegaban por estas costas era antes para cobrar que para prestar. Luchando con sus escasos recursos propios surgió, sin embargo, una elite empresarial que aprendió a usar la cooperación, formando grupos económicos y estrategias que le permitieron volver a insertar al país en el comercio internacional. Sus integrantes aprendieron también a negociar con los gobiernos de turno y supieron volverse ellos mismos gobernantes, poniendo fin a la era de los caudillos que rifle en mano llegaban sobre un caballo hasta el sillón de Pizarro.

En estos libros Alfonso nos habló de bancos, prestamistas, leyes, empresarios y tributos, pero sobre todo de la lucha de una sociedad por progresar y dejar atrás el aparente destino de una colonia especializada en surtir de metales a las metrópolis. Enfocó mucho, en este sentido, los esfuerzos de la elite peruana de agroexportadores por lograr su autonomía financiera y la forma en que debió ella manejarse entre las poderosas fuerzas que significaban los capitales internacionales y el Estado, que de ordinario actuó más como un aliado de estos que de aquella. Las finanzas peruanas se vieron, en efecto, terrible y horriblemente impactadas por grandes defraudaciones del Estado, como aconteció con el billete fiscal de los años 1870, los fondos de los pensionistas de los mediados del siglo XX, los títulos de la deuda agraria de la década de 1970 o la hiperinflación de finales de ese siglo. En cambio, los acreedores internacionales normalmente fueron satisfechos en sus demandas, comenzando por los españoles que, cañones mediante, cobraron los supuestos adeudos peruanos a la hacienda real en 1865.

Mientras un grupo de peruanos trataba de que el Estado los apoyase en sus esfuerzos por producir más y mejores bienes, otros procuraban que, al menos, el Estado no los estorbase y exprimiere demasiado, y unos terceros, más sagaces y prácticos, se daban maña para extraer del Estado ganancias por debajo de la cuerda. Alfonso dedicó el que sería su último libro en vida a la *Historia de la corrupción en el Perú*⁶, donde usó la ingente masa documental acumulada en veinticinco años de archivos y bibliotecas para mostrar los mecanismos mediante los que una porción de aviesos compatriotas hicieron fortuna a expensas del erario público y, así, de todos los demás peruanos. Alfonso no quiso ver en vida la edición en castellano de este último libro, que tanta fama y micrófono le hubiera, merecidamente, dado. Hemos sido sus colegas quienes hemos salido a explicar y, en cierta forma también, gozar los frutos de su trabajo.

6. Lima: IDL e IEP, 2013; editado en inglés en 2008.

En alguna noche iluminada de copas, Alfonso nos bautizó a quienes estudiamos con él o en años próximos, la «generación de la crisis», por el hecho de que salimos de la universidad en los peores años de la historia de la República, cuando la crisis económica, social y política amenazaba hacer del Perú un país fallido. En parte por ello muchos emigraron, pero también porque la universidad peruana no ofrecía colocaciones para los posgraduados y la universidad privada yacía cerrada por un sistema caciquista en el que se accedía a los puestos no sobre la base de los méritos, sino de las fidelidades. Sin embargo, desde el exilio, varios, como Alfonso, supieron mantener un vínculo con la madre patria y ayudaron así a renovar la academia.

En este campo nuestra tarea fue, en cierta forma, comprobar empíricamente las intuiciones que la generación anterior proclamó de forma más ensayística y libre; y cuando las ideas no hallaban comprobación, corregirlas y derribar algunos mitos. En esta tarea, Alfonso fue un titán y debatió con altura con figuras tan renombradas como Heraclio Bonilla, Julio Cotler o Rosemary Thorp. Cuando le tocaba ocupar el lugar de estas estrellas del saber y cosechar los frutos de un inmenso trabajo de treinta años, le sobrevino la muerte. Como rezaba una fórmula muy usada en las fuentes coloniales, que a nuestro querido Alfonso le gustaba consultar, leer lo que nos dejó nos ilustra pero también aumenta nuestra aflicción, porque nos lleva a imaginar lo que hubiera podido producir él en treinta años más de trabajo que, si la vida fuera más racional y justa, bien pudo depararle.

Carlos Contreras Carranza

Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima

Presidente de la Asociación Peruana de Historia Económica, Lima